

muchos años de haber asociado cátedra y vocación intelectual, de haber participado en diversas empresas editoriales y académicas, Rossi publica un libro, *Manual del distraído*, que lo entroniza espontáneamente como uno de los tres maestros del ensayo y del pensamiento mexicano de fin de siglo. Hombre de varios países intelectuales, Alejandro Rossi es también emblemático de otra condición: la del escritor hispanoamericano residente en México. Si el ensayo mexicano en la primer mitad del siglo no puede entenderse sin la presencia de españoles trasterrados como José Gaos o José Moreno Villa, ni sin el ejercicio de hispanoamericanos como Luis Cardoza y Aragón y Ernesto Mejía Sánchez —ensayistas todos que han impreso su huella en nuestra arcilla—, la actual efervescencia del ensayo en México no sabría comprenderse sin la tarea elocuente de autores como la cubana Julieta Campos, el guatemalteco Augusto Monterroso o, para llegar a las promociones más jóvenes, la del uruguayo Danubio Torres Fierro, la de los críticos cubanos Nedda G. de Anhalt y Ernesto Hernández Busto, la de los argentinos Raúl Dorra y Noé Jitrik, la del brasileño Horacio Costa o las presencias refrescantes y vivas de Eduardo García Aguilar (colombiano), Josu Landa (venezolano) y Eduardo Milán (uruguayo). Más acá, en el linaje filosófico del ensayo mexicano, habría que mencionar entre las voces relativamente nuevas la de Hugo Hiriart, novelista, comediógrafo, polígrafo pero sobre todo ensayista de raza y autor de un par de libros de ensayos (*Disertación sobre las telarañas* y *La naturaleza de los sueños*) donde una cultura filosófica de raíz académica se pone al servicio de una invención verbal no exenta de sentido del humor. En la cuerda filosófica y en la raíz hispanoamericana cabría mencionar aquí los trabajos ensayísticos del uruguayo Carlos Pereda, quien se ha ocupado sistemáticamente de las relaciones entre pensamiento y literatura. El supuesto ágrafo Héctor Subirats ha caído en la tentación de existir a través de la escritura y ha publicado *El escepticismo feliz*, libro que debe no poco a E. M. Cioran. Otra lectora de Cioran en México es Esther Seligson, quien ha publicado además algunos ensayos sobre la Cábala y el pensamiento judío tradicional. También sobre la Cábala escriben Angelina Muñoz y Esther Cohen, la primera con una óptica más histórica y la segunda —discípula por cierto de Umberto Eco— con mayor ambición hermenéutica y filosófica en *La palabra inconclusa*. La interrogación filosófica de lo sagrado, la meditación humana sobre las preguntas divinas propuestas por poetas, místicos y, desde luego filósofos, ha encontrado en Ramón Xirau a un eficaz Guardián del Umbral.

Amén de la historia de la filosofía, el ensayo mexicano moderno tiene abiertas las ventanas de su torre sin puertas hacia el pensamiento y la crítica política, ya sea porque algunos escritores y periodistas se ocupan de

estos temas con brillo y brío literario, ya sea porque los polemistas, los politólogos, los ideólogos, teóricos y prácticos de la política vierten sus argumentaciones en prosa así fraguada que la crítica literaria no sabría desdeñar del todo desde un ángulo formal. Aunque en apariencia habría mucho de donde escoger y el panorama es en principio vasto, prolifera en la cuestión política una fauna intelectual más ingente que diversa y aquejada por una monotonía prosódica que suele traducir rutina, cuando no doctrinaria, mercenaria. Con todo, aunque gran parte de la opinión pueda ser lícitamente considerada mala literatura, en el debate mexicano contemporáneo se reconocen algunas voces que redimen el género y que, más allá de la urgencia característica y superados esos primeros auxilios intelectuales que sabe prestar el ensayo a la opinión pública —endémicamente traumatada por el masaje de la comunicación masiva—, ofrecen una alternativa real de expresión y pensamiento. En este terreno se impone, de nuevo, la presencia movilizadora de Octavio Paz, cuyo discurso, no pocas veces escrito a contrapelo de los sentimientos de la opinión pública, ha contribuido a establecer normas de conducta polémica que sin duda han beneficiado la calidad de la discusión civil a través de libros como *El ogro filantrópico*, *Tiempo nublado*, *Itinerario*. Otro guía indiscutido de la conversación pública lo ha sido el poeta, crítico literario, analista, historiador e ingeniero Gabriel Zaid, que tuvo la suerte de ser discípulo en su Monterrey nativo del ensayista Rafael Dieste. Zaid ha cuidado de que la república (tanto la de las letras como la otra) no pierda la hora exacta de la crítica. La empresa analítica y literaria, pedagógica y polémica de Gabriel Zaid, ha reiterado con agudeza y documentación, con valentía y enorme creatividad intelectual, la necesidad de que el Estado y la sociedad mexicanos se modernicen efectivamente a través de una práctica abierta de la democracia y de una redefinición de los objetivos e instrumentos del progreso a la luz de las condiciones reales del país. En libros como *El sistema improductivo*, *La feria del Progreso*, *De los libros al poder*, Gabriel Zaid ha practicado una microfísica del poder en México —para usar la expresión de Foucault—, ha sabido polemizar en términos técnicos e inflexibles con los portavoces de la rectoría económica, dejando al espectador no especializado la impresión de haber asistido a una lección de ajedrez, ha lanzado iniciativas de reformas que luego de haber sido criticadas han sido asumidas e instrumentadas al menos parcialmente; ha promovido la crítica al partido en el poder y a la religión que identificó durante muchos años los valores del gobierno con los de la nación. En fin, con el arma blanca del ensayo ha practicado una esgrima certera que, con cada movimiento inmoviliza —*touché*— al adversario. Pero Zaid no sólo es un polemista relampagueante y un ensayista de amplia respiración. Sus libros *Cómo leer*

en bicicleta, *La poesía en la práctica*, ensayos como el dedicado a Ramón López Velarde y donde la historia literaria arma una historia de la cultura, antologías como *Ómnibus de la poesía mexicana*, no sólo dan cuenta de que la suya es una inteligencia poderosa e incisiva, capaz de inventar tradiciones —como quieren Borges y Hobsbawn— sino que nos recuerda la responsabilidad de la inteligencia literaria y nos ayuda a ponderar hasta qué punto la radiografía de una cultura que se da a través de la filología y de la crítica literaria, puede ensanchar, desde su mirada clínica, el radio del horizonte. Por ende, sus lectores no pueden olvidar que Gabriel Zaid es ante todo —al igual que Paz— un poeta y que esa saludable crítica plasmada en su obra se origina en un saber del lenguaje, en una conciencia poética, en el unánime conocimiento de la palabra y del silencio. Otro ensayista presente como actor de la vida pública mexicana es Carlos Monsiváis. Presente es poco decir: ubicuo, ineludible, en los rascacielos de la investigación, en los sótanos de la cultura popular, desvelado, insomne por la posesión del Aleph urbano. A la discreción proverbial de Gabriel Zaid que ha hecho de la omisión de su persona uno de los atributos de su obra —como en el caso del francés Maurice Blanchot—, se opone la presencia tenaz, ubicua de este sacerdote de la cultura pop que administra con prosodia barroca *Los rituales del caos* —para dar el título de su más reciente haz—. No parece un azar que los títulos de algunos de sus libros más significativos abriguen una connotación religiosa: *Días de guardar*, *Catecismo para indios remisos*. Además de fungir como cronista político y observador impertinente del sistema, Monsiváis es un ensayista preocupado por desentrañar la dimensión moral de los episodios públicos y políticos sin perder la calidad cómica, humorística de los mismos. Monsiváis no sólo habla de las masas y comulga en prosa con las multitudes —personaje central de sus ensayos crónicos—. Puede ser también, en su prosa, estocástico y tumultuoso, estar animado, tumultánime por varios discursos. No sólo habla de una cultura global engañosamente local; lo hace apostando a una lengua a veces hablada y a veces escrita cuya virtud es la inmediatez y cuyo riesgo estriba en la intraducibilidad fuera del orbe y la hora locales. Pero Monsiváis sabe correr ese riesgo, pues lo que está en juego para esta inteligencia despierta por la responsabilidad pública, es la sobrevivencia de un *ethos* comunitario y, así, no es extraño que su tarea ensayística se haya prolongado en el oficio de curador de ese museo vivo y en proceso que es la cultura popular mexicana, como atestiguan las exposiciones de caricaturas, juegos, máscaras y objetos diversos que ha organizado recientemente con las colecciones que componen su mexicana Arca de Noé. En un país donde son cada vez menos frecuentes y están por así decir en extinción los escritores independientes que viven fuera de los Castillos